

ditos extraviados. La cuarta de estas cartas, en particular, es una obra maestra de teología y de patriotismo, de elocuencia y de mansedumbre cristiana. Ved aquí algunos rasgos de ella: «En el nombre de Jesucristo crucificado y de la dulcísima María, santísimo y reverendísimo Padre mio en Jesucristo, yo, Catalina, vuestra indigna y miserable hija, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribí en su sangre preciosa con el deseo de veros un buen pastor..... Los hombres, culpables por su rebelion contra Dios, habian merecido una pena infinita; Dios, sin embargo, viéndolos inclinados á amar, les echó el incentivo del amor. Él nos envió á su Hijo único, que tomó nuestra naturaleza *para hacer una gran paz*. Pero era necesario que la ofensa quedase expiada y la justicia satisfecha. La misericordia condenó al Hijo á muerte de cruz por nosotros, y Él satisfizo al mismo tiempo á la justicia y á la misericordia. De este modo libró Dios á los hombres del infierno; de este modo, con su bondad, venció nuestra malicia; de este modo nos atrajo por medio del amor. ¡Oh santísimo y piadosísimo Padre! Yo no veo otro medio para acarrear vuestras ovejas, que como rebeldes se separaron del redil de la santa Iglesia. Por esta razon os pido, por Jesucristo crucificado, que me concedáis la gracia de vencer su malicia con vuestra bondad. Todos nosotros somos de vos, oh Padre, y yo sé que, generalmente, todos creen que han obrado mal. Pero, áun suponiendo que ellos sean inexcusables, áun cuando hayan sido impulsados por los muchos trabajos, por las muchas injusticias é iniquidades que tenian que sufrir de sus malos pastores y de sus gobernadores, que, como Vos sabeis, son demonios encarnados; áun suponiendo todo esto, os pido misericordia para ellos. ¡Oh, Padre, no mireis la ignorancia ni el orgullo de vuestros hijos; sino, dándoles una dulce correccion con el incentivo del amor y de la bondad, volvednos la paz á nosotros, vuestros desventurados hijos, que os hemos ofendido. Yo os lo digo, Cristo muy amado en la tierra, yo os lo digo de parte del Cristo que está en el cielo: si Vos obráis así, sin política ni ira, ellos volverán todos con un gran dolor de haberos ofendido y se colocarán bajo vuestra bandera..... Y si quereis hacer justicia, hacedla en mí, miserable, é imponedme todas las penas y todos los tormentos que os parezcan, hasta la muerte. Yo creo que por el exceso de mis iniquidades han sucedido tantas defecciones, tantos inconvenientes y

tantas discordias. Tomad, pues, sobre mí, vuestra desventurada hija, toda la venganza que quisierais. ¡Oh, Padre, yo muero de dolor y no puedo morir! Yo os pido humildemente vuestra bendicion para mí y para todos mis hijos (espirituales), y os ruego que me perdoneis mi presuncion. Permaneced en el santo y dulce amor. ¡Dulce Jesus, Jesus, amor!»

Estas cartas, que respiran el patriotismo de los santos, el verdadero patriotismo, y toda la caridad del Evangelio, hicieron una grande impresion en el alma del Soberano Pontífice. Él mitigó mucho su severidad con sus pueblos rebeldes, y esperó con paciencia la vuelta de ellos á su obediencia.

Uno de los particulares en que más habia insistido Santa Catalina, lo mismo que Santa Brígida, en su correspondencia con el Pontífice, habia sido el de su vuelta á Roma. Pues bien; habiendo resuelto el Papa su regreso, despues de muchas dudas y dificultades, le escribió la Santa en estos términos: «Venid, venid á Roma; pero venid como Jesucristo vino al mundo, con mansedumbre, humildad, caridad y paciencia. Por la dulzura y la suavidad se dejan llevar los hombres, principalmente los italianos. Anunciad que vos mismo ofreceis la paz. Para terminar más prontamente las guerras y las divisiones, mostraos más fácil sobre los intereses temporales, á fin de asegurar mejor lo principal, los intereses espirituales, la salvacion de las almas. Imponed á los más culpables castigos moderados, como un padre á sus hijos..... Sed el buen pastor, que habiendo hallado á su oveja extraviada, la pone sobre sus hombros y la conduce al redil, lleno de alegría. Pero, sobre todo, reprimid á los malos pastores, á los pastores mercenarios, cuyos escándalos impunes han causado todo el mal. Mas para obrar tan gran bien es necesaria la paz. Áun cuando la guerra que emprendieseis tuviese buen resultado, vuestros aliados mismos causarían nuevos males á la Iglesia. Sería necesario concederles gracias particulares, y entre ellas ciertos obispos, tales como á ellos les convienen, no para la salvacion de sus almas, sino para sus intereses y sus pasiones. Se necesita, por consiguiente, la paz; no una paz ociosa, sino activa, para reparar el mal y multiplicar el bien.» Tales eran los consejos que Santa Catalina daba á la cabeza de la Iglesia, y para una mujer no dejaban de contener una verdadera moral y una verdadera política. Un padre de la Iglesia no hubiera dicho una cosa mejor ni

más bien dicha. El Papa se aprovechó de estos consejos, y de este modo pacificó la Italia, pero también por mediación de Santa Catalina.

Gregorio XI, algunos días después de su llegada á Roma, dijo á fray Raimundo: «Se me ha dicho que si Catalina de Sena va á Florencia se conseguirá la paz.» Habiendo manifestado este deseo de la Santa Sede á Catalina, que se hallaba en Sena, se puso al momento en camino para Florencia, donde fué recibida con las muestras del mayor gozo y de la mayor veneración por el partido de la paz y por todos los que amaban á Dios y la Iglesia, que eran la generalidad del pueblo. Pero los jefes de la facción, que tiranizaban todavía la ciudad para continuar explotándola, se aterraron con la presencia de Catalina, cuyas poderosas palabras iban á restablecer una paz que debía poner fin á su reinado. En este supuesto procuraron conmover una parte del populacho contra la Santa, y aún enviaron asesinos que le diesen la muerte. Una turba de estos criminales entró en su casa, gritando: «¿Dónde está esa mala mujer? ¿Dónde está?» Habiendo oído esto Catalina, salió de su gabinete, donde estaba en oración, y dirigiéndose á uno de los sicarios, que, con la espada desnuda, gritaba más alto que todos: «¿dónde está Catalina?» se puso de rodillas con un semblante risueño, y le dijo: «Yo soy Catalina. Haz conmigo todo lo que el Señor te permita que hagas; pero de parte del Todopoderoso te mando que no hagas mal á ninguno de los míos.» Y diciendo esto, le ofreció el cuello á la espada. Al oír estas palabras y al ver esta acción se llenó de terror el asesino, y no teniendo valor para herirla, se retiró confuso con todos sus compañeros, y Catalina fué una mártir por su disposición generosa para recibir el martirio y por su desconsuelo por no haberlo recibido. En vano sus hijos espirituales, temiendo por sus días, procuraron que se volviese á Sena. «Yo no puedo, decía ella, abandonar el territorio de Florencia sin haber cumplido mi misión de establecer la paz entre el Padre de los fieles y sus hijos.» En efecto, en pocos días tuvo en ella la satisfacción de reducir, con las condiciones que ella quiso poner, á toda la ciudad á la obediencia del Soberano Pontífice, reconciliándola con la Iglesia. Este ejemplo fué seguido muy pronto por todas las demás ciudades rebeldes, y la autoridad de la Santa Sede fué restablecida en ellas. La residencia del Papa en Roma, que fué también obra de la mis-

ma Santa, hizo lo demás. Toda la Italia, que, en parte hereje, iba á ser alemana, fué pacificada, y todos los pueblos que se habían sustraído á la obediencia de la Iglesia volvieron á ella. Así, Santa Catalina fué la Juana de Arco de la Italia, con la diferencia de que ésta salvó á su patria, como veremos después, por la fuerza de las armas, y aquella salvó á la suya con el poder de su palabra.— ¡Decid, pues, que las mujeres, y en particular las mujeres piadosas, nada valen en los momentos críticos para la salud de los pueblos!

Habiendo muerto Gregorio XI, Urbano VI, su sucesor, se sirvió también de las luces sobrenaturales y del celo de la heroína de Sena para su propia conservación y para el bien de la Iglesia. Ved aquí, en efecto, lo que ella le escribió desde los primeros días de su elección: «Dios quiere absolutamente reformar á su Esposa, y no quiere que ella sea por más tiempo leprosa; si Vuestra Santidad no lo hace con su poder, su posición y su dignidad, *que le han sido concedidos para ello*, lo hará Él mismo por medio de muchas tribulaciones; Él arrancará tantos de esos árboles torcidos, que al fin los enderezará á su modo. Santísimo Padre, *no esperemos ser humillados*, sino trabajad varonilmente y ejecutad vuestros negocios con modo y *no sin modo*; porque ejecutarlos sin modo es echarlos á perder en vez de ordenarlos; ejecutadlos con benevolencia y con un corazón tranquilo; escuchad á los que temen á Dios y os dicen lo que es necesario ó conveniente hacer, manifestándoos las faltas que se cometen en torno de Vuestra Santidad. Mi muy amado Padre, vos debéis estar muy satisfecho de tener quien os ayude á ver y á evitar las cosas que pudieran redundar en descrédito vuestro y acarrear la pérdida de las almas. *Suavizad un poco*, por el amor de Jesucristo crucificado, esos movimientos repentinos, que son efecto de vuestra naturaleza; reprimid la naturaleza con la santa virtud. Como Dios os ha dado un corazón *naturalmente* grande, os ruego que obreis de modo que lo tengais también grande *sobrenaturalmente*; es decir, que con el celo y el deseo de la virtud y de la reforma de la santa Iglesia, adquirais también un corazón varonil, fundado en la verdadera humildad. De este modo tendréis el *natural* y el *sobrenatural*, porque el natural sin el sobrenatural sería poco; él os daría muchos movimientos de cólera y de orgullo, *y cuando fuera necesario corregir á personas que le son íntimas, retrocedería y se haría pusilánime*. Mas cuando se junta á él el deseo de la virtud, cuando el hombre tiene

en su mente tan sólo el honor de Dios, *sin ningún pensamiento de sí mismo*, entónces recibe una luz, una fuerza, una constancia y una perseverancia *sobrenaturales*; de modo que jamas se entibia, sino que siempre es varonil, como debe serlo. Esto es lo que yo he pedido y pido continuamente al Soberano y Eterno Padre, que os conceda á vos, santísimo Padre, y á todos los fieles cristianos, y tanto más, cuanto que me parece que en el tiempo en que nos encontramos *teneis una gran necesidad de ello.*» (Carta 21.)

Urbano VI era celoso, y sus costumbres eran irreprehensibles, pero tenía un carácter duro, áspero é inflexible. Siendo muy severo consigo mismo, era débil con sus parientes. La impetuosidad de carácter y el nepotismo son los defectos que le atribuye la Historia. Ved aquí, pues, en esta admirable carta, una mujer que previene al Papa contra *estos defectos* y le presenta un espejo en que poder mirarse y reconocerse. Este es, como se ve, el mismo acento de libertad, mezclada de respeto, con que San Bernardo escribía á Eugenio III, empeñándole en la reforma de su palacio. La distincion de lo *natural* y de *sobrenatural*, y el modo de corregir lo uno con lo otro, están expresados en ella con una claridad que haria honor al más grande filósofo. Sólo las almas inspiradas é ilustradas por el Espíritu de Dios, aun cuando sean mujeres, pueden hablar y escribir de este modo á la cabeza de la Iglesia.

Se sabe que los cardenales franceses, de acuerdo con tres cardenales italianos, despues de haber dado su voto á Urbano, y de haberlo reconocido y honrado por espacio de seis meses como á Papa legítimo anunciado como tal á toda la Cristiandad, y á la córte de Francia en particular, por motivos de amor propio y de interes trataron de desgarrar la túnica de Jesucristo; crearon un antipapa de uno de ellos bajo el nombre de Clemente VII, y comenzaron el cisma de Occidente, que causó tanto escándalo á los fieles y tantos males á la Iglesia. En vista de estos hechos, al ver este espectáculo tan horrible para un alma profundamente católica, el celo de Santa Catalina se enardeció; ella se llenó de una santa cólera, ella sintió una herida en su corazon y sufrió dolores mortales. Vedla, pues, á pesar de ser una jóven, hacer lo que ningún hombre pensó hacer entónces. No parecia sino que era la única encargada por Dios de sostener la causa de la Iglesia. Todavía se conservan las diferentes cartas que escribió en esta ocasion á los cardenales apóstatas de

sus juramentos y de su deber; jamas se ha escrito una cosa más sólida, más llena de celo, más fuerte ni más libre; esto es, la solidez de los doctores, el celo de los apóstoles, la fuerza y la libertad de los profetas. Santa Catalina escribió tambien al rey de Francia, Carlos V, en estos términos: «Yo me admiro de que un hombre católico que teme á Dios, como vos, se deje llevar por los consejos de esos miembros del demonio que publican por todas partes que Urbano VI no es verdadero Papa. Es muy fácil confundirlos por ellos mismos; porque, si dicen que le eligieron por temor del pueblo, se les responde que la eleccion estaba hecha canónicamente ántes que se levantase ningún tumulto en Roma. Por otra parte, éste es el Papa que ellos anunciaron á vos, á nosotros y á todo el mundo cristiano; éste es el que ellos coronaron con tanta solemnidad, que ellos honraron como vicario de Jesucristo, y que reconocieron como dispensador de todas las gracias, solicitándolas de él. Sin embargo, si ellos se obstinan en decir que el temor les hizo obrar como obraron, en esto mismo se hacen dignos de una eterna confusion. ¿Pues qué? Unos hombres elegidos para ser las columnas de la santa Iglesia de Dios, ¿habian de ser más sensibles al temor de perder la vida del cuerpo que al de condenarse y condenarnos con ellos, dándonos por padre de los fieles un hombre que no lo fuese? Y ¿no hubieran sido idólatras al honrar como vicario de Jesucristo á uno á quien este título no pertenecia? ¿No hubieran sido unos usurpadores, haciendo uso de los bienes espirituales y de las gracias que no podian solicitar ni obtener? Y finalmente, ¿cuándo comenzaron ellos á poner en duda una verdad que habian reconocido ellos mismos? Cuando Su Santidad quiso corregir sus vicios, cuando les manifestó que la vida escandalosa de ellos le desagradaba. Y ¿contra quién se rebelaron ellos? Contra nuestra santa fe; peores en esto que los cristianos renegados, miserables por no conocer el peligro de su estado y por obcecarse en su culpa; pero, imitando á los demonios, cuyo ejercicio consiste en pervertir las almas y en apartarlas del camino de la verdad, para que sigan el camino de la mentira. Perdonadme, amado señor, si hablo de este modo; el dolor que siento por la pérdida de las almas, y el amor que tengo á la salvacion de ellas, son la causa de que hable así. Yo no digo esto por desprecio á los autores de tantos trastornos; lo que me afecta es el escándalo y el error que ellos esparcen por todo el mundo y la crueldad que

ellos ejercen consigo mismos y con aquellos á quienes hacen perecer con ellos. Si ellos hubiesen tenido el temor de Dios y de los hombres, jamas hubieran llegado á tal extremo, áun cuando el papa Urbano hubiera obrado mal con ellos y hubieran deseado morir mil veces ántes que dar un paso tan funesto á la Iglesia. » La Santa concluye exhortando al Rey á que cuide de la salvacion de tantas almas como se precipitan en el error, á que se aconseje con personas sábias é ilustradas, á que se acuerde de la muerte, y á que juzgue de todo segun las luces de la sabiduría divina y no segun la mira de los intereses temporales y humanos. (*Hist. de la Iglés. galic.*, lib. xli.)

Al mismo tiempo esta mujer intrépida, campeon de la legitimidad de la eleccion del jefe de la Iglesia, escribió á todas las córtés de Europa en el mismo sentido, y por eso Inglaterra respondió la primera, con los mismos argumentos y casi cón las mismas palabras que Catalina habia usado, al manifiesto escandaloso de los cardenales apóstatas contra Urbano, llamándolos siervos malos, *condenados por su propia boca*, y publicando á su vez una magnífica protesta contra el cisma, fundada en trece razones, que los autores de aquel gran escándalo no pudieron refutar. Lo mismo hizo la gran mayoría de la Cristiandad. Despues de Inglaterra, todo el Imperio de Alemania, la Hungría, la Polonia, Suecia, Dinamarca, la Bretaña, Flándes, toda la Italia (excepto Nápoles) y todo el Oriente católico permanecieron en la comunión con Urbano y sus sucesores.

No hubo más que Francia (y no toda), Escocia y España, que se dejasen arrastrar por el cisma y reconociesen al antipapa Clemente, y áun en España la apostasía se limitó casi exclusivamente á las córtés de Aragon y de Castilla, pero la mayoría del clero y del pueblo se adhirió á Urbano. Grande y singular mision, que Dios confió entónces, al parecer, á una mujer. Muchos grandes hombres, y áun el mismo San Vieente Ferrer, el apóstol y el taumaturgo de su siglo, permanecieron entónces espectadores tranquilos de aquel drama funesto, en el que representaron un papel bien triste. Sólo una jóven, una pobre religiosa, fué la primera que enarboló el estandarte de la unidad, y que con su voz y con sus escritos reunió en torno de este estandarte la mayor parte del mundo cristiano y la sostuvo en la obediencia del Pontífice legítimo. Yo no sé que ningún padre de la Iglesia obtuviese un triunfo semejante.

Añádase á esto que ésta fué la misma Santa que, con la extension que dió á la *Orden Tercera de Santo Domingo*, reunió un gran número de legos de ambos sexos para asociarse á la práctica de la vida del claustro, y que popularizó la santidad en medio del mundo, y que murió á la edad de treinta y cinco años, y será forzoso convenir que ningun apostolado de hombre alguno fué en esta época más fecundo que el apostolado de esta vírgen, y que ninguna existencia hubo entónces más santa, más maravillosa, más magnífica, más imponente ni más útil á la república cristiana y á la Iglesia.

Tal fué el apostolado de la mujer católica en la Edad Media. Pero tales prodigios de la virtud y de la gracia de la fe no aprovechaban sólo á la religion; reducidos á escritura y publicados por todas partes, eran, en cierto modo, los periódicos de la época, que hacian una profunda impresion en los pueblos. « De aquí nació, dice M. Capefigo, esa multitud de leyendas piadosas en que se exaltan las virtudes más extremas: la mortificacion, el ayuno, la caridad, la vida del desierto, la afabilidad y la mansedumbre para con todos. Las leyendas, bajo el punto de vista puramente humano, fueron motivos de cultura general, y por estos ejemplos fueron reprimidas las pasiones salvajes. (Tom. iv, pág. 194.)

§ LI.—Influencia de las *mujeres religiosas* en la fundacion de un gran número de monasterios de hombres en la Edad Media, particularmente en Francia.—Los más grandes fundadores de las Órdenes religiosas de la misma época fueron formados por las santas mujeres, á las que debieron una gran parte de sus triunfos.—San Benito, San Francisco de Asis.—Grandeza de Santa Clara.—Santa Ines, hija del rey de Bohemia, convertida en su hija.—Cómo fué honrada Santa Clara por la Iglesia en su muerte.

Al lado de tantos obispos santos como ocupaban el mismo tiempo casi todas las sillas episcopales de la Gaula cristiana, la historia eclesiástica nos presenta una multitud inmensa de grandes personajes dejando al mundo, consagrando todas sus riquezas para fundar monasterios, y contribuyendo con sus virtudes y sus milagros á la propagacion de la fe, á la cultura de las costumbres, á la de-